

tasaciones legales de los diversos miembros y partes del cuerpo. Y es ya un progreso, es prueba de una concepción jurídica más libre, más elevada, más romana, este decreto de las Doce Tablas que establecía ser indiferente que el acreedor tomase más ó menos «*si plus minusve secuerunt, ne fraude esto*». Consideremos la lógica que hay en esta forma de compensación; es bastante extraña; he aquí en qué consistía la equivalencia: En lugar de un beneficio que compensara directamente el daño causado, (en lugar de dinero, bienes, etcétera), concedíase al acreedor cierta satisfacción y goce á manera de compensación y pago, la satisfacción de ejercer impunemente su poderío respecto de un ser reducido á la impotencia, el deleite de hacer el mal por el gusto de hacerlo, la alegría de tiranizar; y esta alegría es tanto más intensa, cuanto más bajo en la escala social es el rango del acreedor, cuanto más humilde su condición, porque entonces le parece más sabroso el bocado y le sabe como á rango superior. Por el castigo de su deudor, el acreedor participa del *derecho de los amos*; y concluye por gustar el sentimiento ennoblecedor de despreciar y maltratar á uno que esté por debajo de él, ó á lo menos, si el poder ejecutivo y la aplicación de la pena quedó ya delegado á la autoridad, se contenta con *ver* cómo es maltratado aquel ser inferior. La compensación consiste, pues, en el derecho de ser cruel.

6. En esta esfera es donde tienen origen los conceptos morales «falta» «conciencia» «deber» «santidad del deber». Estas ideas, como todo lo que es grande sobre la tierra, fueron regadas con sangre. ¿Y no podríamos decir que este mundo nunca perdió del todo cierto olor de sangre y de tormentos? (aun el

imperativo categórico del viejo Kant se resiente de crueldad)... Este encadenamiento de las ideas «falta» y «dolor», comenzó así á formarse. Pero ¿cómo el dolor puede compensar las deudas? Muy sencillo, el *hacer* sufrir causaba un placer inmenso á la parte ofendida; ¡hacer sufrir!—¡esto era una verdadera *fiesta!* tanto más grata, repito, cuanto mayor era el contraste entre la posición social del acreedor y la del deudor. Esto como una probabilidad, porque es difícil ver nada claro en el fondo de estas cosas subterráneas, aparte de que el examen es aquí muy doloroso. Pero el que introduce en esta cuestión la idea de «venganza», hace más espesas las tinieblas en lugar de disiparlas—porque la venganza nos conduce al mismo problema: «¿Cómo el hacer sufrir puede ser una reparación?» Es verdad que repugna á la delicadeza ó más bien á la hipocresía de los animales domesticados (léase: los hombres modernos—léase: nosotros mismos) el representarse vivamente hasta qué punto la crueldad era el goce favorito de la humanidad primitiva y entraba como ingrediente en casi todos sus placeres, y por otra parte cuán inocente y cándida parecía esta necesidad de crueldad, esta «maldad desinteresada» (ó como dice Spinoza, *sympathia malevolens*), y cómo parece ser atributo *normal* del hombre, y por tanto, algo á que la conciencia puede orgullosamente responder «sí». Un ojo penetrante reconocerá tal vez hoy en el hombre los vestigios de aquellas feroces alegrías: en *Más allá del Bien y del Mal*, af. 188, y antes en *Aurora*, af. 18, 77, 113, indiqué ya de una manera circunspecta la espiritualización y divinización progresivas de la crueldad, la cual dejó vestigios en la historia de toda cultura superior, como que es su origen. En todo caso, no ha mucho que no podía con-

cebirse una boda de príncipes ó una gran fiesta popular, sin ejecuciones capitales, sin suplicios y autos de fe, así como en las casas de los nobles había que dar libre curso á la crueldad del amo ó á las burlas de los criados ó á la malicia del bufón (recuérdese á Don Quijote en la corte de la duquesa: leyéndolo nos viene hoy á la lengua un gusto muy amargo, cosa que parecería extraña y aun incomprendible al autor y á sus contemporáneos—porque leían este libro con la conciencia más tranquila, como si no hubiese nada más alegre ó como si fuese cosa de reír). Ver sufrir, alegría; hacer sufrir, alegría más todavía—he aquí una antigua verdad «humana, demasiado humana», á la cual quizá suscribirían los monos, porque en efecto se dice, que con la invención de ciertas bizarras crueldades anuncian ya el hombre y preludian su venida. Sin crueldad no hay goce, he aquí lo que nos enseña la más antigua y larga historia del hombre—el castigo es una fiesta.

7. Estas reflexiones no son para llevar agua al molino del pesimismo; antes al contrario; y eso que en aquel tiempo en que la humanidad no se avergonzaba todavía de su crueldad, la vida sobre la tierra era más serena y feliz que en esta época de pesimismo. Lo sombrío en la bóveda celeste ha crecido en proporción de la vergüenza que el hombre ha experimentado á la vista de otro hombre. La mirada pesimista y fatigada, la desconfianza en el enigma de la vida, la glacial negación dictada por el hastio, no son las señales características de aquella cruel infancia de la humanidad; por el contrario, verdaderas plantas de los pantanos, necesitaban que se formase el pantano en que habían de vivir; me refiero al morboso moralismo que enseñó

al hombre á avergonzarse de todos sus instintos. En su porfía por convertirse en ángel (para no emplear una palabra más dura), el hombre ha logrado esta debilidad de estómago y esta lengua mentirosa, que le hacen insípida y dolorosa la vida: de suerte que algunas veces se inclina sobre sí mismo, tapándose las narices, y con el papa Inocencio III, hace el catálogo de sus flaquezas y miserias «procreación impura, nutrición nauseabunda en el seno de su madre, mala cualidad de la substancia de donde proviene el hombre, mal olor, secreción de saliva, de orina y de excrementos». Hoy que se aduce el dolor como el primer argumento contra la existencia, como el problema más funesto de la vida, bueno será recordar aquel tiempo en que se juzgaba lo contrario, porque no se podía pasar sin hacer sufrir sino que en esto se hallaba una diversión de primer orden, un verdadero cebo para la vida. Quizá entonces—dicho sea para consuelo de las gentes sensibles—el dolor no se sentía tanto como ahora; á lo menos tal es la opinión de varios médicos, según se observa en las inflamaciones internas de los negros. (La curva de la aptitud al dolor parece, en efecto, bajar extraordinariamente en cuanto se pasan los primeros diez millares ó millones de años; por mi parte creo que una sola histérica sufre en una noche más que todas las bestias á cuyas carnes palpitantes se ha interrogado con miras científicas.) Quizá deba admitirse que el deleite de la crueldad no ha desaparecido; sólo se ha sutilizado, se ha revestido de los colores de la imaginación, se ha espiritualizado y se cubre con nombres hipócritas «compasión trágica» «nostalgias de la cruz». Lo que verdaderamente nos repugna no es el dolor, sino la falta del sentimiento de dolor: ni para el cristiano que hacia entrar en el dolor todo un

mecanismo de redención, ni para el hombre cándido de los antiguos tiempos que interpretaba el dolor en su relación al espectador ó al verdugo, existió nunca tal *falta de significación*. Y para desterrar del mundo el dolor oculto y sin testigos, para negarle de buena fe, se hizo necesario inventar dioses y criaturas intermedias que miran en las tinieblas y son testigos de todos los dolores. Con ayuda de tales invenciones, logró la vida justificar su propio «mal»: quizá hoy necesitaríamos de otras invenciones, por ejemplo, de considerar á la vida como un enigma, y al conocimiento como un problema. «Todo mal está justificado desde el momento en que un dios se complace en mirarlo:» así habla la antigua lógica del sentimiento. Los dioses como aficionados á los espectáculos crueles: ¡cómo resalta todavía esta noción primitiva en medio de nuestra civilización europea! Léase á Calvino y á Lutero. Los griegos condimentaban la felicidad de sus dioses con los placeres de la crueldad. ¿Cómo miraban los dioses de Homero el destino de los hombres? ¿Qué idea tenían de la guerra de Troya y de otros horrores trágicos? En esto no hay duda: eran *juegos que alegraban* á los dioses, y como el poeta es de una especie más «divina» que el resto de la humanidad, también para él eran juegos... Más tarde, los filósofos moralistas de la Grecia pensaban que la atención de los dioses permanecía fija en las luchas morales, en el heroísmo y las torturas que se imponían los virtuosos: el «Hércules del deber» estaba en un teatro y lo sabía: la virtud sin testigos era inconcebible para este pueblo de comediantes. La invención tan temeraria y nefasta del «libre albedrío», de la absoluta espontaneidad del hombre para el bien y para el mal, ¿no debió su origen á la necesidad de justificar el interés *inagotable* que

hallan los dioses en la virtud humana? ¿En esta escena del mundo no debía haber siempre verdaderas novedades, interés sostenido y catástrofes? ¿Los *amigos de los dioses*, los filósofos, habían de ofrecer á los inmortales un mundo determinado, monótono y fastidioso? Toda la humanidad antigua está llena del respeto «al espectador», porque este mundo estaba hecho para los ojos y no podía concebirse la felicidad, sin espectáculos y sin fiestas. ¡Hasta el castigo, repito, era una fiesta...!

8. Tomemos nuestra investigación donde la hemos dejado. El sentimiento del deber, de la obligación personal, tiene origen, según hemos visto, en las más antiguas y más primitivas relaciones entre los individuos, las relaciones entre acreedor y deudor: aquí, por vez primera, la persona se opone á la persona y se conmensura. No hay estado social, por rudimentario que sea, donde no se observen estas relaciones. Fijar precios, estimar valores, imaginar equivalencias, cambiar, todo esto preocupó de tal manera al pensamiento primitivo del hombre, que en cierto sentido fué el pensamiento mismo: aquí aprendió á ejercitarse la más antigua especie de sagacidad; aquí brotó el primer germen del orgullo humano, su sentimiento de superioridad sobre los demás animales. Quizá la palabra alemana «Mensch» (*manas*) expresa algo de este sentimiento: el hombre se designa á sí mismo como ser que estima valores que aprecia y evalúa, como el animal estimador por excelencia. La compra-venta y sus corolarios psicológicos son anteriores á los orígenes de toda organización social, y el sentimiento que nació del cambio, del contrato, de la deuda, del derecho, de la obligación, de la compensación, se

transportó luego á las complejiones sociales más primitivas y más groseras (en sus relaciones con otras agrupaciones semejantes), al mismo tiempo que el hábito de comparar una fuerza con otra fuerza, de medir las y calcularlas. El ojo se acostumbró á esta perspectiva, y con la testarudez propia al cerebro del hombre primitivo que sigue despiadadamente la dirección tomada, se llegó bien pronto á esta grande máxima: «Todo tiene su precio, todo puede ser pagado.» Este fué el canon moral de la justicia, el más antiguo y más cándido, el comienzo de toda «bondad», de toda «equidad», de toda «buena voluntad», de toda «objetividad» sobre la tierra. La justicia, en este primer grado de su evolución, es la buena voluntad entre gentes de poder igual, buenos deseos de entenderse mutuamente por medio de un compromiso; en cuanto á las gentes inferiores, obligábaselas á aceptar el compromiso.

9. En los antiguos tiempos, y casi también en los modernos, las relaciones de la comunidad con sus miembros son la de un acreedor con sus deudores. Vivir en sociedad, quiere decir estar protegido en su vida y hacienda, gozar de paz y de confianza, estar libre de ciertos daños y peligros, á los cuales continúa expuesto el que vive fuera—un alemán sabe lo que «Elend» significaba primitivamente—con tal que se viva en paz con la comunidad. En caso contrario, ¿qué sucederá? La comunidad, el acreedor, se harán pagar en deuda. Aquí no se trata sólo de un daño: el culpable es también violador del compromiso, y falta á su palabra para con la comunidad que le aseguraba tantas ventajas y placeres. El culpable es un deudor que no sólo no paga sus deudas, sino que también ataca al

acreedor: desde entonces, no sólo se le priva de todos estos bienes y ventajas, sino que se le recuerda toda la importancia que tenía su posesión. La cólera de los acreedores ofendidos le constituye otra vez en el estado salvaje, le pone fuera de la ley, le rehusa protección y contra él puede ya cometerse cualquier acto de hostilidad. El «castigo es sencillamente la imagen, la *mímica* de la conducta normal respecto del enemigo detestado, desarmado y abatido, que perdió todo derecho, no solamente á la protección, más también á la piedad; es el grito de guerra, el triunfo del *vae victis* en toda su inexorable crueldad. Esto explica cómo la guerra misma y los sacrificios guerreros revistieron todas las formas bajo las cuales aparece el castigo en la historia.

10. Según se aumenta el poderío de una sociedad, así ésta da menos importancia á las faltas de sus miembros, porque ya no le parecen peligrosas ni subversivas; el malhechor ya no es reducido al estado de guerra, no puede en él cebarse la cólera general; más todavía: se le defiende contra esta cólera. El aplacar la cólera de los perjudicados; el localizar el caso para evitar disturbios; el buscar equivalencias para arreglarlo todo (*compositio*); y sobre todo, el considerar toda infracción como *espiable*, y aislar, por tanto, al delincuente de su delito, tales son los rasgos que caracterizan el ulterior desarrollo del derecho penal. A medida, pues, que se aumenta en una sociedad el poder y la conciencia individual, se va endulzando el derecho penal; y, por el contrario, en cuanto se manifiesta una debilidad ó un gran peligro, reaparecen en seguida los más rigurosos castigos. Es decir, que el «acreedor» se ha humanizado según se ha ido enri-